

materia prima era suministrada por el ganado de la hacienda, logrando cerrar el circuito productivo e incrementando el valor agregado. Poco a poco fue cediendo el manejo de las empresas a sus hijos; sin embargo, se mantenía al tanto de las labores y participando en las decisiones centrales a pesar de su avanzada edad.

Así, en la última etapa de su actividad empresarial, Durán Castro logró consolidar su proyecto industrial con Grasas s.a. y Helados Lucerna, llevando a la práctica su concepción del desarrollo económico basado en la producción agropecuaria que desde sus primeros artículos en revistas especializadas defendió con ahínco. Además, y es lo más importante, demostró con sus industrias pioneras en el Valle del Cauca las posibilidades que el departamento ofrecía para la ampliación y posterior consolidación de estos ramos de la producción fabril y su incidencia en el sector pecuario y comercial.

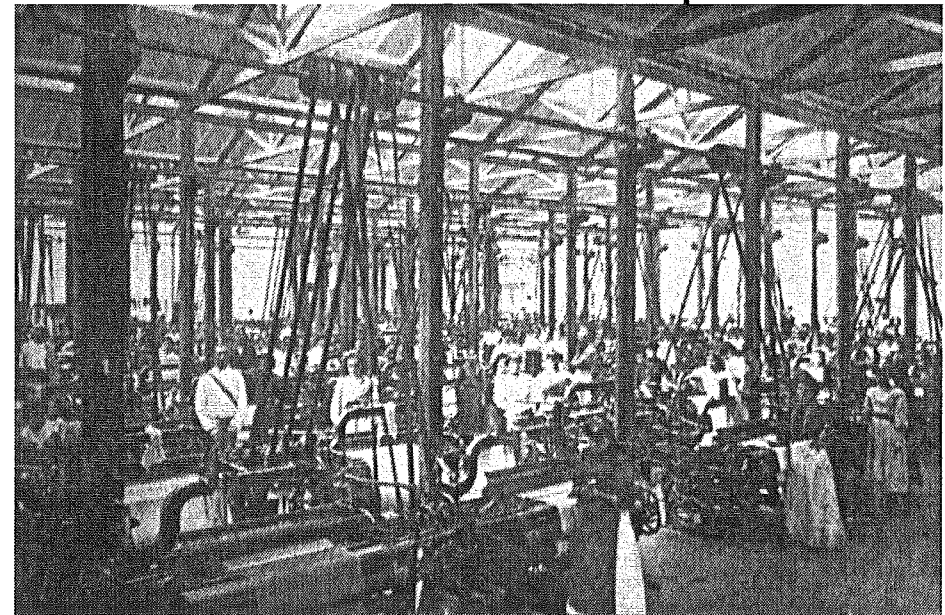
Por reiteradas sugerencias, acepta a sus ochenta años hacer un viaje a Europa. Sus conocimientos y fortalezas físicas le sirvieron para disfrutar plenamente de su viaje. El 30 de julio de 1993, a la edad de 96 años, falleció en la ciudad de Cali Carlos Durán Castro, científico y pionero del desarrollo agropecuario e industrial del Valle del Cauca. Su gestión pública y privada constituyen un modelo singular de administración aplicado a lo largo del siglo xx en la región y la nación. Como fruto de sus esfuerzos quedan los diversos artículos y libros redactados en su prolongada existencia y los resultados de sus experimentaciones en semillas y ganado Lucerna.

Ciro Molina Garcés y Carlos Durán Castro coadyuvaron con sus actividades a la transformación moderna del Valle y de la nación, aportando su espíritu científico y empresarial en la construcción de un modelo social que abría las posibilidades a la integralidad y el desarrollo sostenible, conceptos contemporáneos que ellos ya vislumbraban en sus escritos de hace 50 años. En las haciendas Lucerna y El Hatico, ahora en manos de sus hijos, sobrinos y nietos, se continúa la labor en beneficio de propuestas alternativas que apunten a la validación de los principios establecidos por estos verdaderos empresarios y visionarios del desarrollo regional.

**Empresas y empresarios:
el caso de la producción
textil en Antioquia
(1900-1930)**

María Claudia Saavedra Restrepo

*Universidad Nacional de Colombia
(Sede Medellín)*



Los estudios sobre el proceso de industrialización en Colombia, y de manera más específica sobre el desarrollo económico y la industrialización antioqueña a lo largo del siglo xx, han avanzado en el análisis de la actividad textilera en la región más desde una perspectiva general o regional que desde las especificidades propias del sector y el papel cumplido por los empresarios¹. Esta orientación puede explicarse, en parte, porque los intereses empresariales en Antioquia no estuvieron circunscritos de manera exclusiva a una sola actividad económica sino que se caracterizaron por la diversificación en las inversiones y la aplicación de la experiencia y los conocimientos adquiridos por los empresarios en diversos campos del mundo de los negocios². Pero, igualmente la explicación pasa por el escaso desarrollo de la historia sectorial y empresarial en nuestro país, como lo ha evaluado Carlos Dávila en varios de sus artículos y trabajos³.

Antioquia ha sido reconocida como la región que más tempranamente logró consolidar el proceso de industrialización en el país, y Medellín como la “capital industrial” de Colombia durante buena parte del siglo xx. Uno y otro de tales reconocimientos se apoyan en la importancia que alcanzó la producción fabril en la región, particularmente la producción textilera, y en la manera como ésta influyó en la actividad económica local, regional y nacional. ¿Cómo fue posible que los textiles alcanzaran tal desarrollo sin una tradición regional en tales actividades? Y, ¿cómo, empresas y empresarios del sector llegaron a convertirse en el símbolo mismo de la industrialización antioqueña?

Durante las tres primeras décadas del siglo xx, la producción textil en Antioquia sufrió importantes transformaciones; las fábricas pioneras ampliaron sus instalaciones y aparecieron nuevas empresas que buscaban aprovechar un mercado en expansión. La estructura del sector experimentó cambios representados en la forma como fue diversificándose la producción y en las diferencias en materia de complejidad técnica de las instalaciones y de los procesos; en la división del trabajo en y entre las empresas también se presentaron cambios, al igual que en las maneras de enfrentar la competencia en el mercado y de adelantar las distintas estrategias por parte de los

María Claudia Saavedra Restrepo

Es profesora asociada del departamento de historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Obtuvo el doctorado en ciencias económicas y empresariales en la Universidad Autónoma de Barcelona y es economista de la Universidad de Antioquia. Su tesis doctoral se titula *La conformación del mercado laboral urbano en los inicios del proceso de industrialización en Antioquia* (1994).

¹ Al respecto ver Ospina Vásquez (1987), Brew (1977), Mayor (1997). Se destacan, respecto al sector textil, los trabajos de Montenegro (1982), Londoño (1983) y Echavarría (1943a).

² Botero (1985).

³ Dávila (1991) y (1996).

empresarios del ramo. En la interacción de todos estos elementos resulta posible reconocer la dinámica del sector e indagar por los recursos y las opciones con que contó la organización de la producción textilera regional.

Con tales inquietudes, el objeto de este capítulo consiste en un acercamiento histórico al sector textil en Antioquia, a los empresarios y a las empresas, en el lapso comprendido entre 1900 y 1930. Se analizará la instalación de las primeras grandes textileras, el surgimiento de otras empresas diversas en su tamaño e infraestructura y la aparición de algunas fábricas más pequeñas, pero también más tecnificadas y con claras tendencias a la producción especializada. Se considerará el cambio que significó pasar del predominio en la producción con fibras de algodón, algo de lana, de cabuya y de seda, a la incorporación de fibras sintéticas. Igualmente se tratará de responder cómo el proceso en la industria textil requirió replantear una capacitación básicamente empírica por la implementación de mecanismos más formales para la formación de la mano de obra; y cómo la estructura del mercado y la participación de empresarios con amplia experiencia en el comercio pudo permitir que —por lo menos hasta la década del 30— la innovación compartiera espacios con métodos de producción tradicionales y rudimentarios.

Para este propósito se tendrá en cuenta el contexto económico regional, la forma como se estructuraron las primeras fábricas textileras y sus respuestas ante la expansión del mercado, la aparición de otras empresas en el sector que contribuyeron a aumentar la competencia y los mecanismos de fusión y asociación que se adoptaron después de la década del veinte, para concluir con una mirada general acerca del comportamiento del sector en Antioquia.

El contexto de la economía en la región

La economía de la región antioqueña, a comienzos del siglo XIX, giraba en torno a la minería y al comercio. Con el desarrollo de estas actividades se fortaleció el proceso de acumulación de capital que jugaría un decisivo papel en la diversificación de la inversión en Antioquia.

Para mediados de la centuria, la agricultura y la ganadería, favorecidas en el proceso colonizador del sur, presentaban un carácter comercial limitado. Sólo después de 1880, el comercio se amplió con la expansión de la economía cafetera y con las demandas generadas por la aparición y el desarrollo de diversos renglones de producción, como cerámica y loza, bebidas y cervezas, tabaco, chocolate, fundiciones, curtimbres, trilladoras, molinos, etc., en distintos municipios antioqueños y en otras zonas del país, y con el relativo mejoramiento de algunas vías de comunicación y sistemas de transporte.

En la región se fortaleció la economía de mercado desde las últimas décadas del siglo XIX; en materia de exportaciones, el oro y el café se destacaban como los princi-

pales renglones, y el empleo se ampliaba en actividades de transformación y prestación de servicios, mientras que la demanda escasamente lograba ser abastecida por la producción interna. Para entonces, un notorio interés por desarrollar la producción de bienes de consumo y de bienes de capital conjugó los esfuerzos del Estado, los empresarios y la misma iglesia católica, quienes ante la escasa tradición productiva de la región en estos renglones, sufrieron múltiples tropiezos y no siempre obtuvieron resultados favorables.

La artesanía en Antioquia no había cumplido un papel relevante en comparación con otras regiones del país⁴, pero algunas producciones se habían logrado desarrollar y pudieron mantenerse en las nuevas condiciones. En materia de textiles, por ejemplo, ya en 1864 funcionaba la Fábrica de Tejidos del País en Copacabana, al norte de Medellín⁵; en 1871 existían talleres de tejidos en Sonsón; para 1882 se producían textiles en Envigado, en la Casa de Reclusión de Medellín y en dos o tres distritos más, y los Talleres de la Sociedad de San Vicente de Paul estaban ya en funcionamiento en 1888⁶. Para fines del siglo XIX, en Medellín se contaba con una fábrica de medias y camisas de punto y se producían artículos de fique en Copacabana y Marinilla y alparagatas en la Provincia del Oriente. Fue precisamente en los años de 1880 cuando Indalecio Uribe Botero “arriesgó” su futuro al dedicar todo su capital en la producción de telas de lana, considerada por entonces como una inversión poco segura. Junto a él se distinguieron también nombres como los de Jesús María Montoya, quien en 1892 fuera condecorado en Rionegro con la Cruz de Boyacá por el trabajo realizado con sus telares; Román Villa de Envigado, quien producía muleras y tapices en un telar de madera; y Julio Isaza, encargado de los Talleres de San Vicente de Paul. Pero hubo también fracasos como el de Manuel Vicente de la Roche, quien, en 1892, después de 30 años de frustrados esfuerzos liquidó su empresa de cultivo de morera para la producción de gusanos de seda y telas.

Con todo, en materia textil era bien poco lo que había en Antioquia; “Cundinamarca y Boyacá nos superaban en esta industria y llevaban la delantera, ellos producían las acreditadas mantas y aún buenas telas de lana”⁷. En otras regiones también se habían fundado, hacia fines del siglo XIX, varias fábricas y talleres de tejidos; fueron los casos de la Fábrica de textiles Samacá —que operaba en el antiguo edificio de la fundición del mismo nombre—, de una hilandería en Bogotá y de la Fábrica de Tejidos Merlano fundada en Cartagena en 1890.

⁴ Brew (1977), pp. 308-309. Ver también: Mayor (1997) y Botero (1985).

⁵ Brew (1979).

⁶ *Anuario Estadístico del Departamento de Antioquia* (1888), pp. 247-249.

⁷ Echavarría (1943a), p. 13.

Para entonces, en Antioquia se producía, entre otros bienes, chocolate, tabacos y cigarrillos, calzado, cervezas y vestuario; se habían incorporado algunas innovaciones pero predominaban técnicas rudimentarias propias de una producción casera. El montaje de talleres y fábricas llevó a que algunos de estos procesos se adaptaran y transformaran, aunque sin llegar a desplazar por completo los procedimientos tradicionales.

En el caso de los textiles, la producción fabril, que se apoyó inicialmente en algunos métodos tradicionales, muy pronto necesitó de innovaciones que exigieron invertir capital y capacitar mano de obra; en la producción artesanal no era posible encontrar soluciones y fue en el comercio y en el conocimiento que de allí derivaron los empresarios, de donde se pudo aprender para contribuir a este propósito⁸.

Condiciones propicias para el inicio del proceso de industrialización regional se presentaron durante los primeros años del siglo xx –asociados con la abundancia de fuentes de energía hidráulica, la disponibilidad de mano de obra y de recursos de capital para la inversión–; fue entonces cuando tuvo lugar la instalación de las fábricas textiles en el Valle de Aburrá. El éxito del proceso industrializador en el ramo textil pudo apoyarse también en la experiencia que se había adquirido en los mercados regionales, interregionales e internacionales a través del control del negocio del oro y la importación de bienes de consumo, por parte de comerciantes antioqueños que invirtieron en la naciente industria.

La comercialización de la producción interna y la sustitución de algunos productos importados –entre los que sobresalían las telas de algodón como el artículo más consumido⁹– fue posible gracias a que, de tiempo atrás, se había logrado establecer adecuadas redes de distribución y acumular conocimientos acerca de las calidades y las especificaciones más demandadas en materia de textiles.

No obstante, poner en marcha proyectos industriales constituía todo un reto. La producción fabril de textiles requería todos los esfuerzos en la definición de la localización de las fábricas, la adquisición de los equipos adecuados, el abastecimiento de las materias primas y la disponibilidad de una mano de obra suficientemente capacitada en las tareas de la producción. La comercialización era quizás lo menos complicado para los empresarios, aunque se trataba de producir para un mercado básicamente abastecido, hasta entonces, con importaciones.

Para comienzos del siglo xx, la ampliación del mercado favoreció la expansión de la producción industrial en Antioquia. La creación de nuevas empresas manufactureras se proyectó, desde entonces y hasta 1930, básicamente en renglones de bienes de consumo. La producción textil mostró un especial dinamismo a partir de 1904 con el

⁸ Saavedra (1994).

⁹ Botero (1985).

establecimiento de la primera gran textilera y de 12 empresas más antes de 1920, alcanzando un total de 18 empresas fundadas antes de 1930; además, durante estos años se dio la fusión de algunas fábricas y talleres y se avanzó en la incorporación de nuevos procesos mediante la importación de maquinaria y equipo.

La actividad textilera ya no sólo estaba apoyada en los métodos rudimentarios y de baja productividad que la habían caracterizado en el siglo xix, ahora se trataba de una actividad donde la producción fabril impulsaba la incorporación de equipos modernos y algodón importado de Inglaterra y Estados Unidos, transportados por vía férrea. Esta expansión significó la ampliación de la inversión y del empleo, y desde 1904 mostró un constante crecimiento, según se confirma en el Primer Censo Industrial de Colombia, realizado en 1945.

Las primeras fábricas textiles

El interés por la creación de empresas modernas, ya manifiesto a fines del siglo xix, tomó un nuevo aire en los inicios del siglo xx con la finalización de la guerra de los Mil Días. Con reiterados llamados a industrializar la región, se convocaba a unir esfuerzos para reemplazar con producción interna las importaciones y depender menos del exterior.

Los vínculos familiares fueron importantes a la hora de decidir crear una empresa y definir su estructura de propiedad; no obstante, la necesidad e interés en asociar capitales y la búsqueda de mecanismos que garantizaran el conocimiento y la capacitación en las tareas propias del negocio motivaron la participación de personas no pertenecientes a la familia y la contratación de algunos técnicos extranjeros. Estas acciones sirvieron como estrategias para emprender los proyectos industriales más complejos.

Las primeras empresas textiles fueron expresión de estas tendencias y pronto se promovieron y reconocieron como modelo de la industrialización y del progreso de Antioquia. Para el sector textil, en general, la tecnología implementada, los esquemas administrativos, los procesos de trabajo y los mecanismos de comercialización adoptados por las primeras empresas textiles se convirtieron en referentes obligados: en algunos casos porque se asumieron como un modelo a seguir y en otros sencillamente porque se competía con ellas por el mismo mercado.

De la Compañía Antioqueña de Tejidos a la Compañía de Tejidos de Medellín: un proyecto que logra consolidarse

En el año de 1899, un grupo de hombres de negocios antioqueños decidió fundar una empresa de tejidos, pero el estallido de la guerra de los Mil Días hizo que el proyecto no pudiera materializarse. La guerra tuvo lugar entre 1899 y 1902, y todos los intentos de crear empresa antes y durante este conflicto quedaron suspendidos.

Cuadro 36.1. Empresas textiles en Antioquia (1900-1933)

Nombre de la empresa	Año de fundación	Localización	Observaciones
Compañía Antioqueña de Tejidos	1902		Se liquidó antes de entrar en operación.
Fábrica de Hilados y Tejidos de Bello	1903	Bello	Adquirió a la compañía anterior y más tarde fue adquirida por Fabricato.
Compañía de Tejidos de Medellín	1905		
Fábrica de Tejidos Cortes y Duque	1906	Medellin	
Compañía Colombiana de Tejidos; Coltejer	1907	Sector oriental de Medellín	
Claudio y Carlos Arango	1909	Medellin	
Fábrica El Perro Negro	1909	Medellin	
Fábrica de Tejidos Hernández Montoya	1910	Medellin	Fue adquirida por Rosellón.
Compañía de Tejidos y Encauchados	?	Medellin	Fue adquirida por Rosellón.
Compañía de Tejidos Rosellón	1911	Enviado	
Fábrica de Tejidos de Montoya Hermanos	1914	Medellin	
Fábrica de Tejidos de Jacinto Arango y Cia.	1914	Medellin	
Tejidos Unión	1919	Medellin	
Antonio María Hernández y Cia.	Antes de 1920	Medellin	Distinta a la fundada en 1902.
Compañía Antioqueña de Tejidos	1920	Medellin	
Fábrica de Hilados y tejidos El Hato; Fabricato	1920	Bello	Se integra a Tejidos Unión.
Tejidos Medina	1922	Medellin	Fundada por Tejidos Unión.
Calcetería Helios	1923	Medellin;	Adquirida por Fabricato en 1941.
Paños Santafé	1928	sector de La América	
Arango V. Montoya. Tejidos La Constancia	1932	Medellin	Corresponde a una ampliación de la Fábrica de Tejidos de Montoya Hermanos.
Tejidunión S. A.	1933	Medellin	Se crea con Tejidunión y Fábrica de Medias Helios, propiedad de la familia Medina.

FUENTE: Saavedra (1994).

El doctor Germán Jaramillo Olano [ingeniero y colonizador] hizo estudios de textiles en Europa durante cinco años [...] En el año de 1899 volvió a Medellín y lleno de ilusiones y de proyectos para una empresa de hilados y tejidos, propagó a los cuatro vientos la necesidad y facilidad que había para su fundación [...] reunió a capitalistas, banqueros y hombres de negocios [...] hallábase presentes don Eduardo Vásquez J., don Pedro Nel Ospina, don Camilo Restrepo, don Carlos Restrepo C., don Manuel José Álvarez, don Antonio José Pascual Gutiérrez y algunos otros señores. La palabra del doctor Jaramillo fue clara y convincente [...] ¡Así y todo, sueños y utopías parecieron aquellos pensamientos de entonces! Y lo que ayer fueron vagas y deleznable ilusiones son hoy palpables realidades, orgullo de Antioquia y Colombia entera¹⁰.

La guerra ocasionó una fuerte y generalizada crisis que se tradujo, para comienzos del siglo xx, en precios inestables, devaluación, alzas incontroladas de la tasa de interés y escasez del papel moneda; en tales condiciones la incertidumbre de los inversionistas aumentó y se produjo un ambiente ideal para la especulación que, de hecho, fortaleció algunas fortunas.

A pesar de las dificultades, el 10 de febrero de 1902, bajo la dirección de Carlos E. Restrepo y con la participación de algunos de los socios del anterior proyecto, se fundó una de las grandes fábricas de textiles de Antioquia: la Compañía Antioqueña de Tejidos, con un capital inicial de \$600.000 y la participación de Ospina Hermanos y Eduardo Vásquez Jaramillo como accionistas principales. La maquinaria necesaria fue evaluada y adquirida por Pedro Nel Ospina en Europa, donde se encontraba por razones del destierro político ordenado en el gobierno de José Manuel Marroquín. Con la colaboración de varios ingenieros, entre ellos Juan de la Cruz Posada, se adelantaron los trabajos para obtener la fuerza motriz hidráulica. Todo parecía marchar de acuerdo al plan pero la falta de experiencia en esta clase de empresas, las dificultades del transporte y la inestabilidad del tipo de cambio contribuyeron para que la empresa no pudiera continuar.

El proyecto fue asumido por la compañía, que en 1903, se constituyó como Fábrica de Hilados y Tejidos de Bello. La dirección técnica estuvo a cargo de Pedro Nel Ospina, quien en sus viajes por México e Inglaterra había adquirido una buena experiencia en materia de textiles; experiencia que también pudo ser aprovechada por Evaristo Obregón, fundador de la Fábrica de Tejidos Obregón en la ciudad de Barranquilla.

La crisis financiera de comienzos del siglo hizo fracasar el proyecto de la Fábrica

¹⁰ Echavarría (1943a), p. 43.

de Hilados y Tejidos de Bello; fue sólo en 1905 cuando se retomó la idea en medio de un ambiente de recuperación y luego del apoyo brindado por el gobierno de Rafael Reyes. Superadas las dificultades, la empresa adoptó el nombre de Compañía de Tejidos de Medellín y continuó con sus nuevos acreedores y antiguos socios, quienes mantuvieron el propósito de disminuir la dependencia respecto de los mercados externos; por tal motivo, la nueva empresa, antes de iniciar en firme con las actividades de producción, emprendió toda una campaña de motivación a los agricultores para que cultivaran algodón y abastecieran la empresa con esta materia prima; la campaña fue liderada por su gerente Emilio Restrepo Callejas:

Las personas que visiten nuestra fábrica y se den cuenta del capital invertido en ella se persuadirán de que los empresarios estamos forzados a seguir adelante y a vencer cuantas dificultades se presenten [...] Si nuestros buenos deseos no nos ciegan, esperamos ver no muy tarde a Bello convertido en el Manchester de Colombia [...] No se olvide que nuestro esfuerzo va a ser de importancia vital para Colombia. La compañía que emprendió el establecimiento de la Fábrica de Tejidos de Bello tuvo que liquidarse con una pérdida de doce millones de pesos papel. Muchos de sus accionistas, y de los más ricos entre ellos, abandonaron la empresa llenos de desaliento. Si los que hemos tenido el valor de continuar luchando sucumbimos, la idea de las manufacturas en grande escala en nuestro país será tenida como locura por muchos años en el futuro y su realización necesitará el esfuerzo de nuevas generaciones, más inteligentes, más tenaces o más ricas que la actual. Para evitar ese fracaso y para acercar los bienes que el buen éxito traerá consigo, es para lo que solicitamos el auxilio de todos los que puedan sembrar algodón y evitar a la empresa el peligro de carecer de materia prima [...] Esto parece un sueño, pero pronto veremos que es una realidad. ¡Necesitamos algodón! ¡Mucho algodón!¹¹

Por la cercanía a Medellín y la abundancia de aguas en la zona, la empresa fue ubicada en la fracción de Bello, con lo cual se contribuyó a fortalecer la costumbre popular de reconocerla como la “Fábrica de arriba” o la “Fábrica de Bello”, no obstante su nueva razón social. Unos edificios de tapias y tejas se levantaron en terrenos cercanos a la quebrada La García; se construyeron tuberías para la conducción del agua y se instalaron cañerías para dar salida a los desperdicios gaseosos por una elevada chimenea

¹¹ *La Patria* (1905), octubre 6.

¹² *La Organización* (1904), enero 15.

situada al frente del edificio¹². Por medio de una rueda Pelton se imprimía movimiento a las máquinas, utilizando las aguas de la quebrada; se trataba de las mismas máquinas que habían sido compradas a la anterior compañía.

La empresa obedecía a todo un plan bien estructurado, tanto en lo relativo al proyecto de inversión como a las decisiones de orden técnico; respecto a lo primero se habían tenido dificultades por la inestabilidad política y económica de comienzos del siglo, pero en materia de tecnología, las decisiones iniciales seguían vigentes y como tal se continuó con el mismo plan. La edificación estaba dividida de tal manera que podían adelantarse adecuadamente las distintas tareas de la producción¹³. El proceso de transformación del algodón se efectuaba en el recorrido a lo largo de seis salones: El primero funcionaba como depósito para el algodón en bruto y estaban allí instaladas dos máquinas desmotadoras; en el segundo, un depósito para el algodón desmotado, donde se procedía a la mezcla de los algodones; el tercero, a donde se trasladaba el algodón en carretas, estaba dedicado al proceso de limpieza por medio de una máquina abridora vertical y de otra abridora horizontal. En el cuarto salón, se hilaba con ocho máquinas cardadoras, tres estiradoras, cinco macheras surtidas y siete máquinas continuas de hilar; allí el algodón, después de varios procesos, lograba la forma de hilos delgados que se envolvían en husos para enviar al salón de los telares¹⁴. El quinto salón era utilizado para la caldera de vapor y para la máquina engomadora de las hilazas; además estaban localizadas allí tres máquinas devanadoras, tres enhebradoras de los peines de los telares, cien telares para hacer telas de 34 pulgadas de ancho, cuyo rendimiento dependía del espesor de la tela fabricada —mientras más gruesa la tela, más yardas se tejían y en consecuencia resultaba más conveniente para la fábrica producir tela gruesa— y dos telares grandes para hacer telas de 68 pulgadas de ancho¹⁵. En este salón,

[...] de una manera prodigiosa y con rapidez y regularidad que causa admiración, todos estos miles de delgadísimos hilos van convergiendo, con tanta exactitud que si se revienta el hilo de un solo gancho, se para la máquina; y al salir van quedando en forma de tela de hilos paralelos que van envolviéndose en un cilindro. De aquí pasa a los verdaderos telares para quedar terminada la tela, con el paso de la hebra transversal¹⁶.

¹³ *La Patria* (1905), julio 5.

¹⁴ *El Telégrafo* (1905), marzo 1.

¹⁵ *La Patria* (1905), diciembre 15; (1906), enero 5 y enero 15.

¹⁶ *El Telégrafo* (1905), marzo 1.

El proceso de doblado de las telas en piezas y de su empaque para la distribución, así como el de enmadejar hilos para la venta, tenían lugar en el sexto salón. Adicionalmente, la fábrica tenía un taller de reparaciones que contaba con una sierra circular, una máquina para cepillar y dos tornos para piezas de hierro. Aparte de esto, en la edificación se disponía también de dos espacios para depósitos de herramientas y materiales; a más de otro "para poner un dínamo de luz incandescente, cuando sea necesario trabajar de noche"¹⁷. Todos los trabajos que tenían lugar en la fábrica eran realizados por obreros y obreras del país, bajo la inspección de dos jóvenes ingenieros ingleses, de quienes se decía que eran muy atentos y amables con la gente.

En 1905 era tal el sistema de organización de la Fábrica de Bello, que resulta posible explicar el porqué esta empresa fue tomada como modelo para el montaje de otras fábricas textiles en la región. Coltejer, por ejemplo, construyó su fábrica copiando a la de Bello todas las especificaciones técnicas de la maquinaria y del edificio¹⁸, valiéndose de las boletas que la Compañía de Tejidos de Medellín vendía al público para visitar sus instalaciones. Al parecer, tanto fue el entusiasmo que se generó con estas visitas, que la junta directiva de la Compañía de Tejidos de Medellín debió anunciar en la prensa:

[...] sólo se permitirá la entrada a la fábrica los sábados de la 1:30 a las 3 de la tarde, mediante la presentación de la respectiva boleta de entrada. Estas boletas las vende el infrascrito [Carlos E. Trujillo, secretario contador de la empresa] todos los días de las 8 a las 10 a.m., en la oficina de la compañía, piso alto de la casa número 37 de la calle Bolívar [...] Se advierte a las personas que visiten la fábrica que deben abstenerse de tocar los cables y las máquinas, tanto por el peligro de un accidente, como por los daños que puedan causar. Ya varias máquinas han sufrido serios daños por culpa de los visitantes. También se prohíbe absolutamente fumar en la fábrica y distraer a los empleados¹⁹.

La moderna producción de textiles en Antioquia no tenía entonces otro referente. La instalación de una empresa fabril de hilados y tejidos que pretendiera depender lo menos posible de las importaciones de hilazas y competir con las importaciones de textiles, debía cuidar todos los detalles: adoptar un modelo adecuado para el logro de los objetivos y cubrir todas las fases del proceso, porque en el mercado interno no era posible el abastecimiento de las materias primas en las calidades y cantidades que podía demandar la fábrica.

¹⁷ *La Patria* (1906), enero 15.

¹⁸ Echavarría (1943a), p. 24.

¹⁹ *La Patria* (1905), septiembre 18.

La Compañía Colombiana de Tejidos, Coltejer

Conocida la experiencia en la planta de la Compañía de Tejidos de Medellín, en 1907 fue fundada la Compañía Colombiana de Tejidos, Coltejer, por parte de Alejandro Echavarría y sus hijos Ramón, Pablo, Alberto, Jaime y Enrique, en asocio con Vicente B. Villa. Esta empresa se originó en una trilladora propiedad de la familia Echavarría donde Gustavo Merizalde trabajaba en un telar de madera para producir mantas y muleras demandadas en la arriería.

Se empezó a trabajar en un pequeño local, con doce obreros que atendían cuatro máquinas para tejidos de punto, las cuales habían sido importadas por la Casa Comercial de los Echavarría, fundada como sociedad regular colectiva en 1904 y sucesora de R. Echavarría e Hijo, fundada en 1872. Inicialmente, el proyecto tuvo que enfrentar dificultades derivadas del escaso dominio de la mecánica y de un bajo abastecimiento de materias primas²⁰, pero una vez que se decidió emprender el negocio de la producción de textiles se consiguió un terreno, se definió la construcción y se buscó la manera de resolver los problemas técnicos más apremiantes.

La fábrica fue localizada en el sector oriental de Medellín, en un terreno de más de dos manzanas de extensión, en el barrio Quebradarrriba a orillas de la quebrada Santa Elena, con máquinas y equipos movidos por energía eléctrica suministrada por la Compañía de Instalaciones Eléctricas, en la cual tenían intereses los Echavarría. En septiembre de 1908 fue inaugurada la fábrica de la Compañía Colombiana de Tejidos con setenta telares y poco después se introdujeron otros treinta,

[...] con cada telar se entiende una obrera, o con dos si es muy hábil y no tiene otra tarea sino cambiarle la bobina a la lanzadera cuando esté agotada, y componer los desperfectos de la tela, cuando se haya reventado algún hilo o trastornado alguna hebra²¹.

La empresa logró establecerse y ya para 1910 empleaba a 12 oficiales, 14 niños y 156 niñas y señoritas; en conjunto 182 personas que eran dirigidas por un técnico ingeniero inglés. En ese mismo año, a raíz de la Exposición Industrial, Alejandro López presentaba el siguiente balance sobre la empresa:

La máquina ordinaria, fuera de la de punto [que eran 25 máquinas] la componen 100 telares, entre los cuales hay 15 de combinación para los trabajos de lana, algodón [...] y telas de fantasía, fuera de la máquina en general compuesta

²⁰ Gómez y Puerta (1943), p. 36.

²¹ *Revista Nacional de Colombia* (1912), agosto, p. 350.

de engomadora, caldera, urdidora, envolvedora, plegadora y prensa hidráulica; todo movido por fuerza eléctrica, por intermedio de cinco motores que dan 65 caballos de trabajo²².

A diferencia de la Fábrica de Bello, la empresa inició operaciones sin planta de hilados; las hilazas eran importadas de Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, de donde llegaban ya preparadas en gruesos mazos con puntas y dibujos bien combinados, de manera que bastaba pasarlas por los lisos y hacer trabajar los telares para obtener la tela²³. Además de tejidos planos de algodón de distintos anchos y diferentes finuras, Coltejer producía tejidos de punto, entre los que se destacaban: camisetas, calzoncillos y medias en lana y algodón, y confeccionaba prendas de vestir con las telas producidas allí mismo²⁴; ésta constituyó otra diferencia importante con el modelo implementado por la Fábrica de Bello: la diversidad de renglones de producción acercaba a la empresa más a la condición de fábrica de tejidos y confecciones comparada con la de Bello que producía hilos y tejidos.

En 1914, Coltejer emprendió la compra de equipos para hilado; este negocio fue financiado mediante la venta de acciones y contó con la asesoría de Lázaro Mejía y Ricardo Olano, quienes avaluaron la empresa en \$470.000. Aunque en un comienzo Coltejer importaba la mayor parte de sus materias primas, bien pronto buscó adquirirlas en el mercado interno; con la incorporación del proceso de hilado, la compañía empezó a demandar algodón de la costa atlántica y de Dabeiba, y ya para 1922, según datos del *Anuario Estadístico del Municipio de Medellín*, las materias primas que utilizaba Coltejer, a excepción de las anilinas, eran todas de procedencia nacional²⁵.

La expansión del mercado y la respuesta de las empresas textiles

La importancia de la vida urbana creció en Antioquia durante las primeras décadas del siglo xx. El aumento de la población, el agotamiento de posibilidades de vida en el campo y la migración fueron elementos que ayudaron a dinamizar los espacios urbanos que para entonces evidenciaban una actividad económica, política y cultural en aumento, aunada con las presiones sociales por empleo y mejores condiciones de vida.

En este contexto, Medellín y el Valle de Aburrá se convirtieron en uno de los polos de mayor atracción de población en la región, y la urbanización y el mercado urbano

²² *La Organización* (1910), agosto 1.

²³ Echavarría (1943a), p. 26.

²⁴ *Antioquia Industrial* (1932).

²⁵ *Anuario Estadístico del Municipio de Medellín 1922* (1923), p. 96.

tomaron una relativa fuerza. Esta dinámica se tradujo en una mayor oferta de mano de obra, pero también significó mayor demanda de productos y de servicios; la producción encontró estímulos y las empresas fabriles recién constituidas trataron de responder a los nuevos retos del mercado regional y nacional. Las textileras no fueron ajenas a este proceso²⁶; en el sector, algunas empresas aumentaron el tamaño de sus plantas o instalaron plantas nuevas para ampliar y diversificar la producción, se crearon nuevas compañías como resultado de la fusión de algunos negocios y aparecieron en el mercado regional nuevas empresas de diversa complejidad técnica y con distintas especialidades.

En la década de 1930 en Coltejer, por ejemplo, se realizaron varios proyectos de ampliación, entre los que se destacó el montaje de maquinaria para estampado en 1932. Por entonces, la empresa había alcanzado una estructura técnica más compleja: contaba con un departamento de cardas donde se daba la primera limpieza y preparación a los algodones para pasar a los hilados; una sección de hilados con más de 7.000 husos donde se preparaban todos los hilos para los telares y los tejidos de punto; la sección de telares, donde se fabricaban tejidos de algodón como driles, drilonés, oxfords, carolinas y una gran variedad de telas para vestuario femenino y para usos domésticos, como telas para colchón, toldos y mantel; la sección de tejidos de punto donde se producía toda clase de ropa interior para hombre y para mujer y vestidos para niños; la sección de confección de ropa donde se manufacturaban pantalones y camisas para hombre; la sección de tintorería, tanto de hilazas como de telas en piezas; y la sección de acabado de las telas en piezas, donde “quedaban éstas con igual apariencia a las extranjeras que se introducían al país”; adicionalmente y a manera de un control de la calidad, todos los artículos eran sometidos a una rigurosa revisión antes de salir al mercado. Con tales argumentos se pregonaba acerca de la buena acogida de los productos de la Compañía Colombiana de Tejidos por parte de los consumidores, “pues éstos saben que los productos “Coltejer” carecen de defectos que puedan desmejorar la calidad del producto”²⁷.

Años más tarde, con la compra de Rosellón en 1942 y de Sedeco en 1944, Coltejer amplió aún más sus instalaciones y aumentó su producción²⁸. Después de casi cuatro décadas de operaciones, la empresa había logrado consolidarse en el mercado y seguía representando, en buena parte, la actividad textilera de Antioquia; pero ¿qué había ocurrido con su más inmediata competencia? y ¿cómo había respondido al crecimiento del mercado?

²⁶ Saavedra (1984).

²⁷ *Antioquia Industrial* (1932), pp.75-105.

²⁸ Gómez y Puerta (1943), p. 44.

En la Fábrica de Bello, ya en 1910, se había incrementado el número de telares de los 102 iniciales a 189 y se contaba con 5.238 husos²⁹; en 1923 contaba con 212 telares movidos todos por fuerza hidráulica y con un surtido completo de máquinas para tintorería³⁰, el cual se había empezado a instalar 13 años antes. Todavía en 1931 ésta era la dotación de la empresa que producía, con algodón colombiano procedente en una tercera parte de la región occidental de Antioquia y el resto de la costa atlántica, “poco más o menos 10.000 yardas de telas de algodón diariamente”. En total la empresa tenía 500 trabajadores, la mayor parte mujeres, y todos de origen antioqueño; por entonces se destacaba que “desde hace muchos años, no hay en ella ningún extranjero, ni como empleado ni como obrero”. Al parecer, los procesos de capacitación que se habían emprendido en la práctica del trabajo, desde los primeros años de la empresa, habían rendido sus frutos y fue posible para el gerente Restrepo Callejas prescindir de los servicios de los dos ingenieros ingleses que habían sido contratados para el manejo de la maquinaria y la dirección de los trabajos, y de los tres maestros extranjeros que enseñaban a los obreros, cuando demandaron un aumento de sueldo que la empresa consideró excesivo. Se combinaron entonces razones de economía en los costos, bastante frecuentes en las decisiones de la gerencia de esta empresa³¹, con la experiencia que la práctica de la producción había dejado en cuanto a la capacitación de las operarias y el manejo de las labores en la fábrica, con el propósito de difundir un proyecto de carácter regional también en materia de empleo.

La Compañía de Tejidos de Medellín había logrado consolidarse en el mercado; vendía sus telas principalmente en los departamentos de Antioquia, Caldas, Cundinamarca, Boyacá, Valle y Cauca, y había obtenido importantes contratos para suministrar la tela de los uniformes de la Policía y de varios colegios de señoritas de Medellín³². No en vano habían sido las campañas que, desde recién fundada la empresa, promovían la compra de sus productos; como en el caso de un artículo aparecido en el periódico *La Patria* en 1906:

Las telas fabricadas hasta ahora en Bello han resultado de magníficas calidades, por las razones siguientes:

1. Porque son hiladas y tejidas en una fábrica igual a las mejores de Inglaterra y de los Estados Unidos, pues la nuestra es la última perfección.
2. Porque el algodón que empleamos es mejor que el que emplean en el ex-

tranjero, pues aunque allá tienen bueno, no lo usan para fabricar las telas que nos envían.

3. Porque aquí vendemos las telas de algodón puro, mientras que en las extranjeras, entra hasta tierra blanca para hacerles dar más peso y mejor apariencia. Todos esos ingredientes desaparecen con las primeras lavadas, dejando entonces la verdadera realidad, es decir, una cosa muy inferior a la que se compró [...]

El mérito principal de nuestras telas es el ser muy resistentes al rasgarlas [...] así pues, no es sólo por patriotismo por lo que deben usarse, sino por verdadera economía.

Nuestras domésticas y drilones tienen ya fama hasta en Europa y en los Estados Unidos, pues enviamos muestras y nos escriben admirados de que aquí hayamos fabricado telas tan buenas.

Las telas de la fábrica se venden en el almacén de los señores Hijos de Fernando Restrepo y Cía. [...] se menudean hoy en todas las tiendas de esta ciudad y en las de los pueblos, y día a día aumenta la venta de ellas, lo cual prueba que se van acreditando a medida que son conocidas [...] Ningún comerciante de los pueblos debe dejar de llevar para su tienda un buen surtido de las telas de la Fábrica de Bello, esto deben hacerlo hasta por caridad con las gentes de sus pueblos.

[...] Estas telas serán vendidas sin atender al precio a que salgan costando, sino sobre la base de darlas más baratas y mejores que las extranjeras, hasta nivelar la producción con el consumo. La fábrica no debe pararse ni sus productos serán almacenados. Así pues, si la yarda de doméstica no se vende a \$15, se bajará a \$14, a \$13, a \$10 o hasta donde sea necesario para hacer que el público prefiera nuestras telas fabricadas con algodón puro a las extranjeras de igual precio, que son muy inferiores. Que se nos ayude cultivando algodón y así podremos bajar más los precios. Emilio Restrepo Callejas. Gerente³³.

Con razones de calidad, economía, patriotismo y hasta de “caridad con las gentes de sus pueblos” se promovía la venta de las telas de la Fábrica de Bello. Todos los argumentos parecían válidos para lograr que este proyecto se consolidara en la región y en el país.

Emilio Restrepo Callejas gerenció la empresa hasta su muerte, en 1932. Durante el tiempo que la dirigió, se hizo cargo de todas las actividades de la fábrica y, no obstante que carecía de conocimientos en materia de textiles, su desempeño eminentemente

²⁹ *La Organización* (1910), julio 29.

³⁰ Propaganda comercial, s. f.

³¹ Saavedra (1994).

³² *Antioquia Industrial* (1932), pp. 88-89.

³³ *La Patria* (1906), octubre 29.

empírico fue, en términos generales, exitoso, aunque alejado de las orientaciones académicas que evocaban los métodos científicos de la administración; ajeno en muchas de sus decisiones a la racionalidad económica imperante por entonces, fue conservador en su estilo administrativo, poco receptivo a las innovaciones y estuvo marcado por esquemas autoritarios que motivaron en varias ocasiones reclamos y protestas por parte de los trabajadores de la fábrica. La más importante de dichas protestas fue la huelga declarada por las obreras el 14 de febrero de 1920 para demandar, entre otras reivindicaciones, el aumento del salario, la reducción de la jornada de trabajo, tiempo para consumir los alimentos y la destitución del administrador de la fábrica; finalmente se logró firmar un acuerdo donde se disminuía la jornada laboral a 9 horas y 50 minutos, se aumentaba el salario en un 40% y las obreras podían ser escuchadas en sus denuncias contra los administradores³⁴. A Emilio Restrepo Callejas lo sucedió en la gerencia su yerno Ricardo Restrepo Wills, quien estuvo en el cargo hasta 1935; después de varios intentos por reorganizar la empresa, en 1939 fue vendida a la Fábrica de Hilados y Tejidos del Hato.

La Antioqueña de Tejidos fue pionera en la producción industrial de textiles en la región y constituyó en su momento toda una innovación. El que desde sus comienzos contara no sólo con un equipo de tejidos, sino también con un equipo de hilados, significó una relativa ventaja frente a las otras empresas competidoras y esto probablemente influyó para que la empresa, a lo largo de casi tres décadas, no hubiera modificado sustancialmente el tamaño de su planta, como si ocurrió en el caso de Coltejer.

Tanto la Compañía de Tejidos de Medellín como la Colombiana de Tejidos obtuvieron reconocimiento en el mercado y marcaron la pauta en materia de la producción textil antioqueña; pero su éxito no limitó la aparición de otras empresas en la región, sino que más bien pudo estimularlo.

El mercado permitió que la oferta se diversificara y que se fuera produciendo, simultáneamente, una cierta tendencia a la especialización en la producción textil regional; mientras las primeras textileras respondieron a proyectos muy estructurados para su fundación e instalación y produjeron diversos tipos de productos, las empresas que entraron posteriormente al mercado —excepción hecha de Rosellón y de Fabricato— se caracterizaron por instalaciones más modestas y una menor capacidad de producción, como también por una relativa especialización que combinaban con la variada gama de productos que ofrecían al mercado. Pudiera decirse que estas empresas sólo pudieron llenar aquellos espacios del mercado que no fueron copados por las textileras grandes, en tal sentido estaban “protegidas” de su competencia y por ello probablemente pudieron mantenerse.

Otras empresas textiles inician actividades

Otras empresas textiles de menor tamaño que la Fábrica de Bello y que Coltejer surgieron después de 1907.

Una de ellas fue la Fábrica de Tejidos de Cortés, Duque y Cía., promovida por la Casa de Comercio de Cortés Duque, fue impulsada por la habilidad de Jesús María Montoya y el apoyo económico de Emilio Duque; la empresa demandaba hilazas de algodón extranjeras e hilazas de lana y cabuya de producción nacional. Producía una amplia variedad de productos, entre los que se destacaban artículos demandados por el comercio en general y la arriería en particular, incluidos los sacos de cabuya para café³⁵. Su producción era tan diversa como:

[...] una nutrida miscelánea de objetos de lana y de algodón, tapices de cabuya, alfombras de lana para montura, ruanas de lana y de hilo, telas para pantalón, frazadas de lana y de algodón, sobrecamas, toallas para baño y pequeñas, reata de cabuya, mantas para enjalmas, hamacas, camisetas para muleros, frenteras, listados, gualdrapas, etc. etc.³⁶.

Alejandro López, en un informe acerca de la Exposición Industrial de 1910, reconocía el mérito de esta empresa que según él había empezado de modo insignificante, con unos tres telares de madera, que luego aumentaron a veinte para generar empleo a más de treinta obreros “escogidos como expofeso, de la clase más pobre de la sociedad”³⁷. La fábrica era tan sencilla tecnológicamente que podía asimilarse más a un taller que a una empresa fabril, tal y como se describe en un artículo contradictoriamente titulado “Vigor industrial”, aparecido en el periódico *La Patria* en 1909:

Nada de lo que uno se figura encontrar existe allí; la imaginación que se forjara ante un rudo tumulto de máquinas ensordecedoras, de recios correaes y de ruedas fantásticas, sufre al llegar, un agradable cambio y se serena ante el apacible conjunto de elementos los más sencillos y de fuerzas las más suaves. Nada de hierros enormes y pegantes, nada de movimientos estrepitosos, nada de electricidad. Todo es sencillo: unos setenta u ochenta obreros tranquilamente inclinados sobre el trabajo, e instrumentos de madera contruidos allí mismo y hasta de invención propia del señor Director de la fábrica, la mayor parte [...]

³⁵ *La Patria* (1906), agosto 23.

³⁶ *La Patria* (1909), marzo 1.

³⁷ *La Patria* (1906), julio 30.

³⁴ Jaramillo (1995), pp. 405-406.

El trabajo es casi en su mayor parte manual y en el mismo edificio hay departamentos especiales para talabartería, costuras y otras faenas accesorias³⁸.

Para 1910, la empresa utilizaba 45 telares adaptados y mejorados por su director sobre la base de los más rudimentarios, se teñían allí mismo las fibras que empleaba³⁹ y contaba entonces con un personal de 80 obreros entre hombres, mujeres y niños.

La Fábrica de Telas El Perro Negro fue fundada también en 1909 por los señores Montoya y Restrepo Wills. Con una tecnología bastante rudimentaria, empleaba entre 60 y 70 trabajadores, casi todos niños, niñas o señoritas jóvenes, que producían una amplia variedad de artículos de algodón, lana y cabuya, con materias primas que adquirían localmente aunque también utilizaban hilazas extranjeras. El equipo de la fábrica estaba conformado por 28 telares de madera movidos a pedal y 2 máquinas de tejido de punto movidas por una rueda hidráulica. De esta empresa comentó Alejandro López:

[...] es de las del tipo de los señores Cortés, Duque y Compañía, es decir de índole regional, y el mayor orgullo de sus empresarios es el no haber necesitado del concurso extranjero. Si fábricas grandes, con capital crecido y por acciones, que traen maquinaria extranjera y técnicos que dejen aquí sus enseñanzas, son benéficas para el país, no lo será menos el esfuerzo de estos industriales que, partiendo del telar indígena y con los exclusivos recursos de sus dueños, mejoran y se perfeccionan hasta crear una industria regional que vaya al compás del adelantamiento del pueblo⁴⁰.

También en este caso aparecían como válidos los argumentos a favor de un proyecto de industrialización regional que se apoyara en los esfuerzos de hombres emprendedores, aunque contaran con recursos técnicos y económicos limitados.

Otra de las empresas textiles que entraron al mercado fue la fábrica de Claudino y Carlos Arango –hijos de José María Arango–, fundada en 1909. Sin un estudio previo de las empresas similares en Europa o en Estados Unidos y sin la referencia directa de las que ya operaban en Antioquia, esta empresa tuvo “que averiguar, por experimentación, los secretos y detalles que constituyen cada procedimiento”. En sus comienzos fabricaba solamente mecha para yesqueros; algunos años después producía también tacones de madera y tejidos. Se instaló en una edificación adecuada donde trabajaban

en las máquinas de tacones 8 obreros y 8 obreras que producían 15.000 pares mensuales; en la sección de tejidos, localizada en la parte alta del local, se ocupaba a unas 10 obreras que fabricaban, sin mayor complejidad técnica 600 yardas de mecha diarias, cordones para calzado, hiladillas, galones de algodón y de seda, trenza para adorno, cintas y encaje de bolillo en cantidad limitada, y allí mismo se adelantaba, simultáneamente, la fabricación de horquillas de alambre, mediante una máquina que “podía hacer hasta 50 horquillas por minuto”. Todos los equipos eran movidos por fuerza eléctrica⁴¹; y en las mismas instalaciones se ubicó una máquina para hacer peines de cuerno reconocidos como de muy buena calidad⁴². En tales condiciones, no obstante que se reconoce como una empresa textilera, la Fábrica de Claudino y Carlos Arango estuvo caracterizada por una producción muy diversa, de la cual sólo una parte podría clasificarse como textil.

La fábrica de Tejidos Hernández Montoya, calificada como de tecnología intermedia por que no utilizaba maquinaria tan criolla ni rudimentaria como la de madera, ni tan complicada como las grandes maquinarias empleadas por la Antioqueña y la Colombiana de Tejidos, fue otra de las empresas textiles reconocidas en el medio regional. La empresa utilizaba seis telares de hierro de movimiento mecánico, en un comienzo movidos a pedal; una devanadora y una urdidora completaban todo el equipo atendido por nueve trabajadores para producir telas de algodón.

Tejidos Hernández Montoya fue muy similar tecnológicamente a Tejidos La Constancia, propiedad de Montoya Hermanos y Compañía, pero se caracterizó por que de ella surgieron nuevos proyectos que, bajo la modalidad de la asociación, permitieron la ampliación, especialización y consolidación de un renglón de producción textil en la región. Fue en 1914 cuando Jesús María Montoya, en socio con sus hermanos, fundó la compañía y contrató a 60 obreros con el propósito de producir tejidos de lana, algodón y seda, además de tapices de cabuya⁴³. En 1925, Francisco Arango Villegas aportó capital a la empresa para la compra de algunos telares mecánicos y, siete años más tarde, se formó una nueva compañía con el nombre de Arango V., Montoya, Tejidos La Constancia. Así reorganizada, la empresa mejoró sus equipos y se especializó en el tejido de sobrecamas de algodón y de rayón junto con la producción de cordones para zapato. Pero para fines de 1939 se decidió su liquidación y se constituyó la sociedad anónima Fábrica Textil de los Andes (Fatelares), la cual, en 1943, renovó prácticamente todos los equipos al sustituir los rudimentarios telares de madera que aún

³⁸ *La Patria* (1906), julio 30.

³⁹ *La Organización* (1910), agosto 1.

⁴⁰ *La Organización* (1910), agosto 3.

⁴¹ *Antioquia Industrial* (1932), pp. 209-211.

⁴² *La Organización* (1910), julio 1.

⁴³ Olano (s. f.), p. 85.

Cuadro 36.2. Empresas textiles en Antioquia (1900-1933)

Nombre de la empresa	Fuerza utilizada	Equipos	Procesos
Compañía de Tejidos de Medellín	Hidráulica	Rueda Pelton; máquinas desmotadoras; máquinas abridoras; 8 cardadoras; 3 estradoras; 5 macheras; 7 máquinas continuas de hilar; caldera de vapor; máquina engomadora; 3 devanadoras; 3 enebradoras, 102 telares; dinamómetro de luz incandescente. En 1910 aumenta a 189 telares y suma 5.380 husos. En 1923, cuenta con 212 telares.	Desmote, hilado, tejido, taller de reparaciones, tintorería.
Fábrica de Tejidos Cortes y Duque	s. d.	45 telares rudimentarios mejorados.	Tejido
Compañía Colombiana de Tejidos; Coltejer	Eléctrica 220 hp.	25 máquinas de tejido de punto, 100 telares (15 para trabajos de lana, algodón y telas de fantasía), engomadora, caldera, urtidora, envolvedora, plegadora y prensa hidráulica. En 1923 montó estampación, y contaba con 7.000 husos.	Cardado, hilado, tejido, tintorería, estampación, tejidos de punto, confección.
Claudino y Carlos Arango	Eléctrica	Máquina de tejidos, instrumentos para producir horquillas de alambre y tacones de madera.	Tejido Tejido
Fábrica El Perro Negro	Hidráulica	Rueda hidráulica, 2 máquinas de tejidos de punto, 28 telares de madera movidos a pedal.	Tejido
Fábrica de Tejidos Hernández Montoya	Vapor 65 hp	6 telares de hierro de movimiento mecánico movidos a pedal, devanadora y urtidora. En 1916 contaba con 50 telares movidos por motor, engomadora, devanadora, y máquina dobladora.	Tejido

Nombre de la empresa	Fuerza utilizada	Equipos	Procesos
Compañía de Tejidos Rosellón	Hidráulica 180 hp, turbina Francis vertical de 300 hp acoplada a un generador de 245 kw.	50 telares mecánicos; en 1914 suma 1.000 telares; máquinas para envolver, urdir y engomar; equipo de tintorería. En 1917 se incorpora el hilado. Mecanismos para medición de tiempos en cada máquina. En 1924 ampliación de hilados y tejidos. En 1930 telares automáticos, nueva planta de hilados finos, equipo de tintorería y apresto.	Hilado, tejido, tintorería y blanqueo.
Antonio María Hernández y Cía.	Vapor 65 hp	60 telares	Tejido
Compañía Antioqueña de Tejidos	Eléctrica 15 H.P.		Tejido
Fábrica de Hilados y Tejidos El Hato; Fabricato	Eléctrica 290 H.p. Despes de 1940 cuenta con 3 plantas eléctricas, 2 hidráulicas y 1 de vapor que producen 2300 kw.	100 telares, 3.284 husos. Para 1943 contaba con 50.000 husos y 1.500 telares.	Hilado y tejido. Después de 1940, tintorería y estampado.
Tejidos Medina	Eléctrica 10 hp	Máquinas circulares.	Tejido
Calcetería Helios	Vapor	Equipo completo para tejer lana.	Hilado y tejidos de punto, calcetería, tintorería.
Paños Santafé			Tejido de punto
Arango V. Montoya. Tejidos La Constanancia	Eléctrica		Mercerozación, tejido de punto, tejido, hilados de seda.
Tejidunión S. A.	Eléctrica		

tenía, por tecnología más moderna consistente en telares automáticos, un moderno equipo de tintorería y maquinaria de producción y acabado⁴⁴.

Otra empresa fundada antes de 1920, la Fábrica de Tejidos de Antonio María Hernández y Cía., estaba dedicada a la fabricación de tejidos de algodón con hilaza extranjera, empleaba a 90 operarios y contaba con maquinaria movida a vapor⁴⁵.

A excepción de la Fábrica de Bello y de Coltejer, la producción textil evidenciaba para entonces poca complejidad técnica en la región y generaba para el mercado diversos productos que se diferenciaban en materia de calidad y precio, al punto de estratificar la oferta. Mientras que las empresas grandes contaban con instalaciones apropiadas para generar un volumen de producción que les permitiera atender al mercado, con la posibilidad de competir por medio de los precios, con mecanismos de publicidad en folletos, revistas y periódicos y con agencias de venta en Medellín, los pueblos de Antioquia y ciudades de otros departamentos, las pequeñas empresas enfrentaban otras realidades. Su tecnología era más simple y, en ocasiones, rudimentaria, financieramente eran más débiles y por su tecnología y costos poco podían competir en calidad y precio; en general, producían para un mercado que no era ni el de la Fábrica de Bello ni el de Coltejer. En buena parte se trataba del mercado que se generaba en el mismo comercio, con actividades como la arriería, la comercialización agrícola y particularmente la economía cafetera. Estas empresas pudieron mantenerse en el mercado regional porque su producción no competía en forma significativa con las empresas grandes, ni mucho menos con las importaciones; lejos de competir pudiera decirse que complementaban la oferta textil en el mercado regional.

Fue en el transcurso de la segunda década del siglo xx cuando empezó a cambiar este panorama: el mercado interno, tanto regional como nacional, estaba experimentando transformaciones por efecto del empleo remunerado en las zonas urbanas y en las rurales, las fábricas, el comercio, las obras de infraestructura y la economía cafetera.

Ante las nuevas condiciones del mercado, las textileras grandes se especializaron y lograron consolidar su posición, las empresas medianas y pequeñas se mantuvieron y en la región se fundaron nuevas empresas, mientras que otras se fusionaron.

Aumenta la competencia en el mercado interno

En la década de 1910, varios hechos evidenciaron la dinámica de crecimiento industrial en el Valle de Aburrá: se aumentó la producción de energía eléctrica en la planta de Santa Elena, llegó a Medellín una nueva línea de calderas a vapor de mayor capacidad y nació entre otras, una nueva empresa textil: –la Compañía de Tejidos Rosellón–.

⁴⁴ Ver Echavarría (1943a), pp. 50-52 y Gómez y Puerta (1943), pp. 171-174.

⁴⁵ López (1915).

Rosellón fue instalada en el suroccidente de Envigado, a orillas de la quebrada La Ayurá, con un capital aportado por una sociedad constituida con 6.000 acciones que no se cotizaban en el mercado por pertenecer en su totalidad a la familia Medina. El primer paso dado por su fundador y director, Roberto Medina, fue buscar una fuente suficiente de energía hidráulica, para lo cual contó con la asesoría de Germán Jaramillo Villa, quien había sido socio de la Compañía Antioqueña de Tejidos.

Con la oferta del municipio de Envigado de concederle a la empresa exención de impuestos por veinte años, en 1912 se construyó el edificio de la fábrica en esta localidad. Se empezó a trabajar con 50 telares mecánicos y, dos años más tarde, otros 50 telares que inicialmente también habían sido adquiridos estaban próximos a instalarse, se contaba además con “todas las maquinarias para envolver, urdir, engomar las hilazas y [con] edificios listos para montar en el presente año [1914] una moderna planta de tintorería”⁴⁶. En 1914 trabajaban 110 obreros en la fábrica, en su mayoría mujeres, todos vinculados mediante la modalidad de contrato a las actividades de preparación de las hilazas, tintorería y tejido; fue sólo en 1917 cuando la empresa incorporó el proceso de hilado.

Rosellón se “flotantizó” en el año de 1919, pues al convertirse en una compañía por acciones que se cotizaban en el mercado, logró obtener algunos recursos para capitalizarse. En ese mismo año compró la Fábrica de Tejidos Hernández y la Compañía Unida de Tejidos y Encauchados de propiedad de Ramón A. Vélez, trasladó la maquinaria a su propia fábrica y amplió su capacidad de producción. Para entonces, la empresa utilizaba un propulsor hidráulico con capacidad para desarrollar entre 220 y 240 caballos de fuerza efectiva; disponía de 100 telares, una planta completa de hilados, planta de tintorería y blanqueo, y podía medir los tiempos y rendimientos mediante mecanismos especiales instalados en cada una de las máquinas. Todo esto permitió afirmar que la organización del establecimiento obedecía entonces a “principios eminentemente científicos”⁴⁷.

Una nueva ampliación del equipo de hilados y tejidos tuvo lugar en 1924; en este año la empresa contaba con 400 obreros y tenía capacidad para procesar 800 kilos diarios de algodón. Ya para 1928 y 1929, después de reponerse la empresa del derrumbe que el 18 de junio de 1927 había causado la muerte a 18 personas, destruido parte del edificio, dejado inservibles 40 de los 100 telares existentes e inutilizado otra maquinaria de menor costo, Rosellón modernizó y amplió de nuevo sus instalaciones:

⁴⁶ *Boletín Comercial* (1914), p. 464.

⁴⁷ *Civismo* (1919), mayo 10.

[...] se cambió la fuerza hidráulica de transmisión directa por una turbina Francis vertical de 300 hp, acoplada a un generador eléctrico de 245 kw, se instalaron motores individuales para el movimiento de maquinaria, se importaron telares automáticos, nueva planta de hilados finos, equipo de tintorería y apresto de telas⁴⁸.

Para fines de 1930, luego de dificultades financieras que causaron el cierre y la liquidación de la empresa, la compañía fue reorganizada bajo el nombre de Tejidos Rosellón S. A.⁴⁹; la familia Medina perdió participación y se nombró como gerente a Juan Francisco Jaramillo.

A diferencia de otras empresas en la región, Rosellón –prácticamente desde su fundación– entró a competir por el mercado con las otras empresas textiles grandes; pero no sólo se trató del mercado de productos sino también del mercado de trabajo. Obreras de la Fábrica de Bello, despedidas por su participación en la huelga de dicha empresa, fueron contratadas en 1920 por Heliodoro Medina, gerente de Rosellón, quien respondió en una entrevista consignada en el periódico *El Espectador*:

Algunos empresarios de tejidos nos hemos comprometido a no hacernos competencia en relación con el personal de obreros; pero como con la Fábrica de Bello no tengo compromiso alguno, no habría inconveniente en colocar en Rosellón algunas obreras de hilados y tejidos que me hacen falta [...] Por lo pronto [podría colocar] entre cuarenta y setenta [obreras] por día, que si quisieran trabajar la noche, el número sería mayor⁵⁰.

La compañía compitió además en el mercado de las materias primas, en el cual las textiles antioqueñas promovieron algunos acuerdos para establecer el precio de compra del algodón, como aquel que motivó en 1920 el reclamo del “Gremio de algodóneros de la región de Dabeiba” dirigido a los señores Alejandro Echavarría, Heliodoro Medina y Emilio Restrepo Callejas, gerentes de Coltejer, Rosellón y la Fábrica de Bello, respectivamente⁵¹. El que Rosellón contara con el proceso de hilado en su fábrica, motivó que promoviera insistentemente, como otras empresas en la región, el cultivo del algodón y procurara facilitar la compra de algodón desmotado y sin desmotar; con tales propósitos la compañía instaló, años más tarde, una desmotadora en la zona de Uramita, entre los municipios de Frontino y Dabeiba.

⁴⁸ *Antioquia Industrial* (1932), p. 92.

⁴⁹ *Revista DYNA* (1944), pp. 1-93.

⁵⁰ *El Espectador* (1920), febrero 26.

⁵¹ *El Espectador* (1920), octubre 16.

La puesta en marcha de Rosellón, la ampliación de sus instalaciones y la reorganización de la empresa fueron muestras de que el mercado interno no sólo se había ampliado, sino que había aumentado la competencia en él; la primera guerra mundial había afectado al comercio internacional y en la crisis de la posguerra se vislumbraban nuevas tendencias en materia de producción, comercialización y financiamiento. Todas estas razones pudieron estimular el establecimiento de nuevos negocios en el ramo textil de la región.

Se crean otras empresas y se producen nuevas fusiones

Nuevas empresas textiles se crearon en Antioquia en la segunda década del siglo xx. Estos negocios se establecieron con criterios muy definidos en cuanto a la necesidad de contar, desde el comienzo, con maquinaria importada y con procesos técnicos avanzados, y se caracterizaron por tender a una mayor especialización dentro de la amplia gama de la producción textil. Además de la conformación de nuevas empresas, para entonces se abrió paso la constitución de compañías mediante la fusión de empresas o por la absorción de otros negocios; estos mecanismos fueron utilizados como recurso para enfrentar problemas financieros, resolver dificultades de orden técnico y fortalecer las empresas frente a la competencia del mercado.

Tejidunión fue fundada en 1919; sus actividades iniciales estaban centradas en la producción de tejidos de punto entre los que se destacaban las franelas y las camisetas. En 1922 se inició con el renglón de calcetería; para este propósito la compañía fundó, un año más tarde, la Fábrica de Medias Helios, la primera que se establecía en Colombia para producir medias de rayón, aunque también producía calcetines de seda y de algodón con materias primas importadas de Inglaterra y Estados Unidos. En 1928, la empresa empezó a producir hilos para coser. Todas estas actividades desarrolladas por la familia Medina fueron reunidas, en 1933, en una sola empresa, Tejidos Unión S.A., que contó con la gerencia del doctor Tulio Medina A.⁵². En un comienzo, la fábrica había sido instalada, con unas pocas máquinas, en la misma casa de los hermanos Medina; más adelante, con la ampliación de la empresa, fue necesario ocupar una casa vieja cercana, hasta que se optó por construir un local especialmente diseñado para adelantar la producción de Tejidos Unión S.A.; allí fueron instalados los equipos de tejido de punto y los de calcetería, las máquinas para producir hilos para coser y la tintorería.

Pero la falta de capacitación y de entrenamiento de los trabajadores apareció como un obstáculo importante para adelantar adecuadamente la actividad de la empresa. No se trataba tanto de enfrentar problemas de carácter económico, como de la espera

⁵² Gómez y Puerta (1943), pp. 135-138.

para el adiestramiento de un suficiente equipo de técnicos y obreros. La labor de capacitación fue llevada a cabo por los mismos propietarios de la empresa, quienes enseñaron y orientaron a los trabajadores en la misma práctica cotidiana de la producción:

Los dueños no habían hecho la fundación por un simple capricho, sino por que poseían todos los conocimientos indispensables. Y en este caso, el patrón fue profesor del aprendizaje, que en su vida sospechó la existencia de Facultades o Institutos Técnicos⁵³.

Ya en 1944, Tejidos Unión no sólo se había consolidado, sino que había crecido significativamente: contaba con tres locales destinados a la fabricación de los distintos productos y con maquinaria moderna movida por fuerza eléctrica suministrada desde la planta de Guadalupe; tenía secciones de calcetería, tejido de punto con máquinas circulares, mercerización y maquinaria de acabado, una sección de hilados que abastecía el material a la fábrica y producía hilos para la venta, la sección de hilos de seda y la de telares⁵⁴.

No obstante las dificultades y los riesgos que significaron los negocios en las primeras décadas del siglo xx, el futuro de la actividad fabril parecía suficientemente atractivo; la industrialización regional estaba en vías de su consolidación⁵⁵ y la producción textil, que había sido una de las pioneras en este proceso, continuaba su desarrollo.

En vista de los buenos resultados que mostraba la actividad textilera, y particularmente por la experiencia de la Fábrica de Bello, de Coltejer y de Rosellón, Carlos Mejía Restrepo y Antonio Navarro decidieron fundar una fábrica de tejidos. En enero de 1920, los señores Mejía y Navarro invitaron a los señores R. Echavarría y Cía. para que entraran a formar parte de la nueva sociedad, "principalmente como socios industriales, dados sus conocimientos en el ramo, pues habían tomado parte muy directa en la fundación y administración de Coltejer"⁵⁶. El 26 de febrero del mismo año se firmó la escritura pública para constituir a Fabricato, por parte de Carlos Mejía R. en representación de la Casa Comercial L. Mejía S. y Cía., Antonio Navarro en representación de la Casa Comercial Miguel Navarro y Cía. y por Alberto Echavarría en representación de la Casa R. Echavarría y Cía. El capital inicial fue de \$800.000 oro dividido

⁵³ Gómez y Puerta (1943), p. 135.

⁵⁴ Echavarría (1943a), pp. 82-86.

⁵⁵ Botero (1985).

⁵⁶ *Revista Gloria* (1948), p. 21.

en 80 acciones de \$10.000 cada una, distribuidas así: 32 acciones para L. Mejía y Cía., 32 acciones para Miguel Navarro y Cía. y 16 acciones para Ramón Echavarría y Cía.⁵⁷

La Fábrica de Hilados y Tejidos El Hato, Fabricato, fue ubicada en Bello—a 10 kilómetros de Medellín—, a orillas de la desembocadura de la quebrada del Hato. En abril de 1920 se dio inicio a la construcción de los edificios de tapia, teja y pilares de madera, la cual tuvo que suspenderse a fines del mismo año por la crisis asociada con la posguerra europea.

La fábrica se ubicó contigua a la estación del Ferrocarril de Antioquia para facilitar el envío de las mercancías y el descargue de la maquinaria y del carbón que era utilizado en las calderas; la maquinaria hidráulica y eléctrica había sido encargada en Estados Unidos y la de hilados y tejidos en Inglaterra. Ante el aplazamiento del proyecto y la suspensión de la construcción, fue necesario pagar una indemnización para anular el pedido a la casa inglesa; esto no fue posible con el otro pedido y por tanto se decidió dejar los equipos en depósito en Estados Unidos por un año y medio. Tal situación motivó a los señores Navarro a vender sus acciones de Fabricato y la empresa quedó como propiedad de los señores Mejía y Echavarría.

Los trabajos se reanudaron en 1922 bajo la nueva organización de la empresa y con la gerencia de Enrique Echavarría; se decidió entonces importar un equipo automático consistente en 100 telares con su correspondiente sistema de hilados y accesorios complementarios, que se sumaba a aquel que inicialmente se había comparado en Estados Unidos.

El 7 de agosto de 1923, el presidente Pedro Nel Ospina inauguró la fábrica. La producción se inició con 3.248 husos y Fabricato se convirtió en la empresa textil de tecnología más avanzada, puesto que en Colombia hasta entonces sólo se conocía el telar mecánico. Veinte años más tarde, la fábrica contaba con cerca de 50.000 husos, 1.500 telares con sus hilados y accesorios, tintorería y una planta de estampado; además disponía de tres plantas eléctricas, dos hidráulicas y una de vapor que producían 2.300 kw⁵⁸.

La empresa se abasteció con algodón norteamericano y su producción se orientó desde un comienzo a la fabricación de telas finas. Pero cuando Fabricato adquirió la Fábrica de Bello en 1939 y posteriormente la Compañía de Tejidos Santafé, la ampliación y diversificación de la producción sumó a la demanda de algodón, la de lana y fibras sintéticas. En la empresa laboraban para entonces cerca de 3.000 obreros.

⁵⁷ Ospina (s. f.), p. 7.

⁵⁸ Ospina (s. f.), pp. 40-41.

La Compañía de Tejidos Santafé fue constituida en 1928 y empezó a funcionar a dos kilómetros de Medellín en la fracción de La América. La empresa se especializó en la producción de ruanas de lana; pero después de un cierre temporal reinició labores en 1935, cuando adquirió un equipo completo y moderno de máquinas de vapor y diversificó su producción con paños y otros tejidos de lana. Fue en 1941 cuando se formalizó la venta de esta fábrica a Fabricato⁵⁹.

Excepción hecha de Fabricato, las demás empresas textiles creadas en Antioquia a partir de los años 20 no alcanzaron la importancia y dimensión de las primeras factorías. Las tendencias generales fueron entonces la de introducir, junto con el proceso de tejido, el de hilado y la de orientar la producción hacia renglones más especializados; pero también en estas empresas se pudo observar una tendencia a fusionarse para conformar compañías más sólidas que pudieran enfrentar las dificultades y lograr mejores condiciones de participación en el mercado.

Empresas como Santafé, Indulana, Vicuña y Filana se dedicaron a la fabricación de paños y productos de lana; en tejidos de punto y calcetería además de Tejidunión, operaron Fatesa, Intertex y Pepalfa. Esta última empresa fue producto de la fusión, en 1936, de la Fábrica Pepal, propiedad de los doctores Luis E. Palacio Cock y Luis Peláez R., y la empresa Alfa de propiedad de Alejandro Echavarría; como gerente de la nueva empresa fue nombrado Hernán Echavarría Olozasa. Además, se adelantó en la región la producción de hilos y telas de seda, y se crearon factorías especializadas en la producción de artículos de rayón y fibras sintéticas como fueron Sedeco y Fatelares. De las empresas creadas en estos años, sólo Tejicondor, fundada en 1934 por un grupo de empresarios antioqueños liderados por Jesús Mora, se dedicó a la producción de hilazas y tejidos de algodón⁶⁰; en las demás se privilegió la producción con otras materias primas importadas.

El panorama textilero en la región

Durante las tres primeras décadas del siglo xx, el sector textil antioqueño logró liderar el proceso de industrialización regional. Su dinamismo estuvo asociado con las condiciones del mismo mercado regional en la medida en que se trataba de cumplir con propósitos manifiestos de sustituir las importaciones de bienes de consumo tan demandados como las telas de algodón, lana y seda, de generar la producción de algunas confecciones para vestuario y de producir artículos de fique requeridos por la arriería y el comercio. La innovación técnica en los procesos de producción, los modelos utilizados para el manejo de los negocios y la demanda de mano de obra en una

escala antes no vista en los centros urbanos de la región contribuyeron también a que la producción textilera se reconociera como la máxima expresión de la industria antioqueña.

El ramo de los textiles se caracterizó, en este período, por la diversidad técnica en el conjunto de establecimientos fabriles, la permanencia de pequeñas empresas con métodos rudimentarios y una amplia gama de productos, el fortalecimiento de las grandes textileras que se consolidaron en el mercado y absorbieron a algunas empresas de menor tamaño y la asociación de algunas pequeñas y medianas empresas que encontraron ésta como la vía para permanecer en el mercado.

Durante las dos primeras décadas del siglo se fundaron la mayor parte de las grandes textileras en la región, y en total surgieron unas quince empresas manufactureras de algodón, lana y cabuya. Las políticas de protección del mercado pudieron hacer aparecer que la innovación técnica no fuera una condición indispensable para competir en estos primeros años, y quizás por ello pudieron surgir otras empresas, de menor tamaño, con procesos semimecanizados—en ocasiones bastante rudimentarios—y con escasa capacidad de producción, sin que la aparición y posterior consolidación de las empresas más grandes significara su desaparición, puesto que estrictamente no se constituían en su competencia.

Las grandes empresas textiles se fundaron con la asociación de capitales provenientes, muchos de ellos, de las casas comerciales, las cuales contaban no sólo con los recursos financieros necesarios para la inversión, sino con la experiencia comercial y el conocimiento del mercado. En el ámbito internacional, los comerciantes pudieron adelantar la importación de materias primas y de equipos, y estuvieron en condiciones de producir las telas y de comercializarlas en el mercado regional y nacional. Por disponer de los recursos financieros suficientes, fueron estas empresas las que se mostraron más dinámicas respecto a la incorporación de tecnología moderna y lograron desde sus mismos inicios diseñar procesos más complejos con el concurso de técnicos extranjeros, contratados especialmente para el montaje y puesta en marcha de la maquinaria y para enseñar y supervisar a los trabajadores; tarea que también fue cumplida por ingenieros y técnicos nacionales formados en la Escuela de Minas o en la Escuela de Artes y Oficios.

Las pequeñas y medianas empresas textiles, en razón del escaso capital de inversión, presentaron una tendencia menos fuerte hacia la innovación de tecnología, predominó en ellas el conocimiento empírico y prácticamente ninguna de ellas pudo vincular técnicos extranjeros.

Por la poca tradición que en materia de producción textil se tenía en Antioquia, la difusión de conocimientos técnicos y el desarrollo de ciertas destrezas productivas se logró inicialmente con la implementación del sistema de maestros y aprendices, el cual

⁵⁹ *Revista de Industrias* (1932).

⁶⁰ Echavarría (1943a), pp. 46-48.

fue utilizado en extenso en las empresas textiles durante las dos primeras décadas del siglo. Instituciones formales a distintos niveles, la enseñanza práctica en las empresas y talleres y los intentos por desarrollar sistemas de trabajo a domicilio⁶¹ contribuyeron a fomentar la capacitación práctica; y aunque no tenían la cobertura de los otros procesos, los estudios profesionales no estuvieron al margen de esta tendencia, como tampoco la alternativa de estudios o entrenamiento en el exterior, la cual fue especialmente valiosa para la formación de algunos empresarios del sector.

El renglón más fuerte de la industria textilera regional fue, durante las tres primeras décadas del siglo xx, sin lugar a dudas la producción textil algodonera. En ella predominaron las empresas de mayor tamaño que pudieron “innovar” en este mercado y mejorar significativamente las condiciones de oferta a partir de mejoras técnicas, reducción de costos y disminución en los precios. Las pequeñas y medianas empresas que trabajaron el algodón enfrentaron otras condiciones; éstas pudieron transitoriamente mantenerse en razón del segmento del mercado que atendían: más tradicional y menos sensible a los cambios de la moda.

En los casos de los tejidos de lana, seda o cabuya, las condiciones fueron diferentes a las de los tejidos de algodón. La producción textil de lana, inicialmente incorporada en algunas empresas de manera marginal, motivó, sólo después de 1920, la fundación de medianas empresas especializadas en este renglón de la producción textil, como fueron los casos de la Compañía de Tejidos Santafé en 1928, Paños Vicuña Ltda. en 1935 y la Fábrica Colombiana de Hilados de Lana, Filana en 1942, que fueron compradas posteriormente por Fabricato. Las dificultades para el abastecimiento adecuado de materia prima, la dimensión del mercado y la competencia de otras regiones del país pudieron incidir para que este renglón no alcanzara una dimensión importante comparativamente con el de algodón.

En la producción de tejidos de seda no se logró una especialización al nivel de empresa; no obstante, algunas fábricas y talleres siguieron demandando la seda como materia prima para mezclarla con otras fibras naturales o sintéticas.

El hilado y tejido de la cabuya, presente en prácticamente los inicios de todas las empresas textiles de la región, fue perdiendo espacio en la producción fabril. Se trataba de procesos tecnológicamente menos desarrollados que el del algodón, la lana y la seda, los cuales pudieron ser “desplazados”, después de 1920, hacia las zonas del oriente cercano y el suroeste, y hacia otros municipios del Valle de Aburrá como

⁶¹ En las textileras fue frecuente la utilización de trabajadoras a domicilio para realizar labores como el doblar de las toallas o la colocación de un fleco a las sobrecamas fabricadas, este último trabajo les dio el nombre de “flecadoras”. Saavedra (1994), p. 399.

Copacabana, La Estrella y Girardota. En estas zonas y lugares no sólo se cultivaba la planta de fique y se contaba con tradición artesanal en su procesamiento, sino que estaban próximos los centros de consumo por la actividad comercial llevada a cabo por arrieros y, posteriormente, por el ferrocarril, con café, panela y en general productos de origen agrícola.

Los factores que habían definido la localización de las primeras grandes textileras –la cercanía a las fuentes de energía hidráulica, la proximidad a los mercados de fuerza de trabajo y de productos y los privilegios ofrecidos por los municipios en materia fiscal– fueron relativizando su importancia después de la segunda década del siglo xx. En relación con la problemática tecnológica en un sentido amplio, elementos tales como las mayores posibilidades de optar por fuentes de energía distintas a las caídas de agua, el desarrollo del proceso de urbanización –particularmente en las poblaciones del Valle de Aburrá– y las mejoras en los transportes, que fueron favoreciendo el acercamiento de mercados antes distantes, plantearon a los empresarios la necesidad de definir la localización de sus factorías en condiciones mucho más complejas y competitas. Esto fue importante para las empresas grandes, pero las pequeñas y medianas, por sus propias características, no lo consideraron como un problema técnico de importancia.

En todos los casos, los de las grandes instalaciones o los de las empresas medianas y pequeñas, la división del trabajo y la distribución de las actividades dentro del espacio de las fábricas trató de responder a criterios de orden técnico ligados a la búsqueda de la racionalidad en las inversiones, pero en la mayoría de las veces sobre bases fundamentalmente empíricas. En las pequeñas empresas textiles, la diversidad de la producción impidió adoptar una división del trabajo favorable a la especialización, con las consecuencias obvias en materia de productividad; y las condiciones del mercado que debían enfrentar estas empresas las hacían altamente vulnerables a los cambios en la demanda. Algo similar, aunque de menor gravedad, vivieron las empresas medianas.

Fue en la década de los treinta que el sector textil antioqueño se logró consolidar, ya no sólo en la región sino en el mercado nacional, aunque el mercado nacional fue siempre una referencia obligada desde los primeros años del siglo. Transcurridas las tres primeras décadas, la incorporación de tecnología más moderna se constituyó en el elemento dinamizador del mismo desarrollo industrial de la región y una respuesta a los retos que se imponían en materia de inversión para reposición y modernización de los de equipos. La mayor competencia en el mercado favoreció a las grandes empresas o a aquellas medianas que lograron canalizar inversión para la innovación; mientras que las pequeñas empresas textiles que habían logrado subsistir durante casi dos décadas cerraron sus puertas o, en el mejor de los casos, fueron integradas a empresas de mayor tamaño.

Con este panorama, la tendencia general hacia la renovación y mayor tecnificación de los procesos, según los parámetros internacionales del momento, acabó por imponerse sólo después de la década de 1930. Cuando ya el siglo xx parecía haber avanzado “suficiente”, la complejidad técnica llegaba a ser representativa en la producción industrial textilera en la región; hasta entonces se había innovado pero con tantas limitaciones, que la obsolescencia técnica “podía” compartir terrenos con la innovación en algunos segmentos del mercado.

Las condiciones de oferta y demanda de trabajo en las textileras empezaron a cambiar en este contexto con requerimientos técnicos más allá de las propias destrezas o habilidades empíricas; y la innovación tecnológica se convirtió en un elemento “inevitable” de la competencia para vincularse definitivamente a una modernización de la estructura industrial de la región después de mediados del siglo.

Fuentes

Antioquia Industrial (1932): “La Industrial Nacional Colombiana”, Medellín, Asociación de Industriales de Medellín, No. 6, vol. 2, marzo.

Anuario Estadístico del Departamento de Antioquia (1888): Medellín.

Anuario Estadístico del Municipio de Medellín 1922 (1923): Medellín, Bedout.

Boletín Comercial (1914): Medellín, Cámara de Comercio de Medellín, No. 19-20.

Civismo (1919): Medellín.

El Espectador (1915-1925): Medellín, No. 1.500-4.000.

El Telégrafo (1906): Medellín.

La Organización (1904-1910): Medellín, No. 1-540.

La Patria (1900-1910): Medellín, No. 1-1.300.

Revista de Industrias (1932): s. l., No. 29-30, noviembre-diciembre.

Revista DYNA (1944): Medellín, No. 50, noviembre.

Revista Gloria (1948): s. l., No. 13-14, mayo-junio, julio-agosto.

Revista Nacional de Colombia (1910-1913): Bogotá, No. 1-32.

El impacto empresarial de las Escuelas de Minas de Medellín y de Ouro Preto (Brasil). Una visión comparativa

Alberto Mayor Mora

Universidad Nacional de Colombia

